



GERMÁN URIBE

# ATRAPADOS

Antología de cuentos

**icono •**

## CONTENIDO

Rosita quiere ser feliz	11
Pensión Cariño	17
Tras el rastro del rostro de Oma Full	31
Destinos compartidos	45
Los secretos placeres de Sofía	51
La mala hora del sietemesino	59
La pesadilla	75
El absurdo mundo de Segismundo	85
Vidas desbocadas	107

ROSITA QUIERE SER FELIZ

ACELERADAMENTE, ROSITA trepa las escaleras que en forma de caracol la conducen al segundo piso de su apartamento. Envuelta en un torbellino de aspiraciones y deseos que se contraponen al equilibrio emocional que siempre quiso, Rosita de pronto siente un corrientazo incontrolable que le recorre todo su cuerpo. Parece sentirse atrapada, por fin, en la idea de que su naturaleza no es más que una pesada carga existencial y que por haberse metido de lleno a la más infeliz de las empresas, la de ser feliz, era ella misma una infeliz víctima del dominio de los sentidos y las emociones por sobre la voluntad de los hombres.

Rosita siempre se había empeñado en ser feliz y de nada le valía saberse y reconocerse apenas como la menuda y mortal Rosita Altamirano. Y, es más, en sus intentos por que le convalidaran su decisión de ser feliz, no veía nada denigrante, ni por ello sentía vergüenza haciendo teatro, e incluso, sobreactuándose frente a los demás. Sabía, además, que las palabras, si con dulzura y tino las pronunciaba, no sólo podrían servirle para justificarse, sino en especial para disfrazarse.

No creía en las secuelas de una traga maluca, ni tampoco en los amores borrados, ni en el arrepentimiento que falsamente purifica y perdona, ni mucho menos en las humildades fingidas que sólo sirven para colorear de pálido la vanidad. Y, para rematar, cuando sentía el roce de la

felicidad, se pellizcaba para preguntarse si por fuera de ella misma habría vida.

Pero todo ello no obstaba para que a menudo se sintiese padeciendo el peor de los secuestros, aquel que conlleva la frenética alienación en la búsqueda diaria y minuciosa de la dicha. Habría que añadir que sufría también de sus propios miedos, del azote de su soledad, de su desgarradora inseguridad. Estaba crucificada, más que por su maldito afán de ser feliz, por su humana impotencia. Pero en el fondo aceptaba, optimista, que al fin y al cabo y, por si acaso, ahí estaba la esperanza, y ella de por sí ya era suficiente.

Se veía pues, esta Rosita Altamirano, abocada a afrontarlo todo con cierto sentimiento de desazón pese a que discurría por entonces por una edad en que lo menos inminente y terrible es la muerte. Pero como en el fondo de su alma se gestaba imparable una explosiva rebelión de intereses y ganas, hacía todo lo posible por ofrendarle al amor su sitial, reconociéndolo como la más exultante culminación del largo camino para alcanzar la felicidad. Debía diseñar, pues, su propia sublime ceremonia de encantamiento.

Sin embargo, ya coronado el segundo piso de su apartamento en dirección a su alcoba, Rosita Altamirano empezaba por primera vez a reconocer que aún no había encontrado los perfiles y mucho menos la almendra de la felicidad y que quizás estaba y estaría quién sabe por cuánto tiempo, o si hasta siempre, viviendo en un tiempo sin fin y sin memoria y martirizada por quién sabe cuántas desdichadas ceremonias de amor.

Rosita, a trancos, alcanza su amplia y muelle cama y se desploma. Recorre con una distraída mirada circular los puntos cardinales de su alcoba. De izquierda a derecha,

los retratos familiares, más allá el armario y el televisor, y luego, el enorme policromado almanaque que le insinuaba con sus días, semanas y meses, ilusiones que le advertían sin ninguna indulgencia que el tiempo no se detendría ni siquiera para hacerle un leve guiño a su felicidad. Y, por último, estaba la ventana que daba a un patio interior y que de alguna manera le ofrecía, o la opción de un cosmos para su infinita felicidad, o el corto vuelo roto que se necesita para llegar al duro asfalto de la muerte.

Inmóvil, con los ojos cerrados, Rosita Altamirano se va quedando dormida pensando como siempre en que, si no se puede, y no se pudo, quizá con la resignación, vaya y de pronto...

Sesquilé, finca Alekos, 1993

# PENSIÓN CARIÑO

NO QUE YO DIGA QUE fuera este o aquel, Cachifo o la Mariona Melguizo o el Tatabro Perea; la Flaca Celina o Morrocoy Arrieta. Ni siquiera que el Trompeta Fernández o la Purita Escalante. No. Y, además, ¿por qué habría de ser el Trompeta? El Trompeta Fernández era violinista, no poeta. Pero de lo que sí ya no hay duda es que fue alguno de ellos. Supongo que el que fuera debió haber estado trabado, con la materia gris entreverada, o por lo menos encarretado por la felicidad en el momento mismo de soltarnos tamaña ocurrencia. Porque darle por nombre, llamar repentinamente a nuestro modesto hospedaje de estudiantes nada menos que Pensión Cariño, no era sólo un apunte genial, o un rechazo brillante, sino la expresión audaz y temeraria de alguien que de pronto se ha sentido arrebatado por una alegre nostalgia premonitoria, por el adelantico delicioso de un grato recuerdo que aún no comienza, y que, sin embargo, ahí está con nombre propio, precipitado y dichoso sobre uno; una ofrenda en verdad muy acertada para los esquivos perfiles de la palabra amor, que empezábamos por entonces a descubrir. Todavía hoy, me quito reverente el sombrero ante el anónimo repentista de madrigales, ante el baquiano fabulador incógnito, ante el estafeta de requiebros y componedor de imágenes perfectas, estampillador de instantes memorables. ¡Cómo no! Y te lo repito, aunque no hubiese sido uno de ellos, como me lo han querido hacer creer, sino el tal Goyo San Román, poco me importa, si se tiene en

cuenta que recoger en esas dos palabrejas —tan ramplo-namente contrapuestas entre sí por los elementos poco comunes que se ofrecen para un legítimo apareo— una expresión así de pareja y conmovedora en su ordinariez y ternura, de tan precisa eternidad y tan largo instante, no deja de ser el gesto más solidario que pueda idear la locura de un mocetón enamorado de su propia humilde pensión de estudiante.

Pero es que, sí alcanzas a recordar en detalle, Cachifo, ¿cómo era la casa? A cuadra y media de El Cisne, en donde me esperaba siempre Marionita Melguizo para ayudarme en las tareas, sobre todo el francés, ¡Bendita sea! Allí se levantaba su verdiblanca fachada que si no hubiese sido por lo cachaquita que la mantenía don Jenaro Escalante, el padre de la Purita, y también por lo salidota que estaba sobre la calle, nadie hubiese podido recordar aquel curioso y vetusto caserón que se metía con sus tres pisos y sus innumerables secretos hasta bien adentro de la manzana, casi hasta tocar la sexta. Tres plantas, sí, acordate Morrocoyo: la de arriba, misterioso e inhabitable zarzo atiborrado de chécheres y trastos y arcanos apacibles entre el polvo del tiempo; la de abajo, toda zócalo y túneles por los que se llegaba a un enorme patio interior enmalezado tal vez por azucenas, sanjoaquines y begonias revueltas y olvidadas, y que, digo yo con duda, podían ser tales, no porque esté fallo de la memoria y el magín, sino porque entonces poco nos preocupábamos por averiguar el nombre de las flores y de los perfumes, absortos como estábamos a la acechanza de las fragancias, y a la conquista de los brazos apretados y los suspiros sueltos. Y la del medio, la segunda planta, ¡ah! Flaca, no la podés olvidar, ¡qué nota de vividero! Un espacio que

ensordecimos con los contagiosos zumbidos del amor y de la música, tú y yo, y el inolvidable Trompeta, a partir del momento aquel en que nos dejamos llevar emocionados por un letrero enigmático para nuestra bisoñería, pero afanoso y preciso en insinuaciones excitantes:

PENSIÓN

Estudiantes. Habitaciones privadas.  
Esmerado aseo. Cómodos precios.

Nuestra gallada se iniciaba con suerte. ¿Privados? ¿Aseados? ¿Baratos? Quién dijo miedo. Adelante Tatabro, y te empujé adentro. Morrocoy y Cachifo se quedaron con la primera alcoba, la del balconcito herrumbroso que daba sobre los neones y el barullo de la carrera séptima. Luego venía ese largo pasillo bordeado por chambranas de macanas que se estiraba hasta la última de las habitaciones. Entonces, por ahí, más adelantico, sí nos fuimos acomodando nosotros. Bien adentrado, no vaya a ser que las luces y el ruido, dijiste escogiendo, flaquita. Trompetica se quedó con la que daba justo a la escalera, la primera del corredor, mientras tú, Flaca, con guiñitos y esbozos de promesitas sabrosas, me indicabas la siguiente, la pegadita a la tuya. El resto se instaló en las otras, incluidos tú, Perea, el Goyo San Román y ya no me acuerdo quién más. Muy pronto nos desentendimos de las incomodidades: de los tabiques que nos separaban a los tres, a la gallada invencible, a la gallada poética, que sólo servían para despojarnos de la curiosidad de nuestras miradas, pero que nunca impidieron la tiraderita de los asaltos nocturnos, de las excitaciones atoradas, de los desvelos saltones, que de tanto llegar de uno y otro lado, terminaban

confundiéndonos sin saber cada cual quién de todos, o si era que uno mismo había sido el de la pesadilla de la noche anterior; nos desentendimos del agua fría; de la ducha de tubo; del inodoro de cadena, pero con cabuya; de la falta de bidé que, para qué, tienes que reconocerlo, Flaca, debió haberle hecho mucha falta; e incluso del comedorcito al otro lado de las chambranas, situado allí como sobre horqueta, como suspendido en el aire, tembloroso, y que con sus escasas mesas de mantelitos a cuadros, estaba siempre lleno para cuando nos acordábamos de comer; y así todo...

De Morrocoy y Cachifo y las miradas mochas que se lo pasaban echándose, poco volvimos a ocuparnos. Según dedujimos, se aplicaron a convivirse entre cuatro paredes, excluyendo con su maciza hermandad, la posibilidad de un tercero que les torciera el norte de sus disparates secretos, o le revelara al mundo lo que el mundo ciertamente no tenía ningún interés en saber. A veces sí, en el comedor, los consabidos saludos, las miradas puyonas. Y fue a partir de ese momento, lo recuerdo muy bien, cuando terminé por creer que todos somos como miramos y que nadie podía disimular el destino que tenía marcado en sus ojos.

En esos días fue cuando Trompeta empezó con el cuento de que no que él fuera chismoso pero que tu madre, Tatabro, le preguntó a la mía que si era cierto que no te alcanzaba el dinero, y te lo juro viejo que te la convencí a mi madre con lo del frío en Bogotá que le alborota el hambre a quien sea, pero qué va, que no era tanto lo gordo que te estabas poniendo sino lo consagrado al estudio que te estabas volviendo, que por eso ya ni tiempo nos quedaba para encontrarnos y que, entonces, así sí, se me dificultaba darle más detalles.